

Reseñas

Soy de la Plaza Italia

(Ramón Griffero. Neptuno Editores, Santiago, 1992, 85 páginas.)

SIETE cuentos sin batatazos de estructura, concentrados a la creación de ámbitos, indoles y morbos. Dentro de los cuales suceden siete personajes, que son: una loca, un poseso, una loca, un loco, un psicópata, una loca y un lumpen psicópata. (La catalogación es mía: muy burda, amateur, simplista, pero perfila sus truculencias). De manera que el submundo creado por Griffero espanta, asombra, intriga. Recuerda las atrocidades pintadas por Francis Bacon.

Veamos en detalle. **La Gorda** —gran obesa, enamorada perdidamente de un joven al que divisa en la playa y a quien envía misivas de contacto, de reconocimiento, de próxima reunión hasta saltar (ella con el cuento) a un desenlace tragicómico, demencial y caricaturesco, que derrumba a la protagonista: de pathos a bathos, de lo sublime a lo ridículo.

Antofagasta 1888 —una enamorada del amor leído, una sentimental novelera, al ver que en la realidad comienza a perpetrarse la obra que lee, decide embestir contra su desenlace ya escrito, realizándole otro. Ese otro es una solución criminal, enloquecida,

morbosa. Segunda gran frustrada, después de **La Gorda**.

El sello de la jirafa sobresale como el cuento más complejo en estructura temporal y espacial: hace diez años, en Madras, el protagonista recibió un sobre con estampilla y carta, y, quizás cuántos años después, en Dakar, le fue confiado un par de cuernos de marfil. La carta genera una correspondencia en la cual el protagonista asume el papel de una tal Beatrice, que escribe a un tal Denis. Ella corre peligro en país con guerra. Escribiendo, el protagonista es ella, en otra época y trance. Hasta que todo se unifica y confluye, como un giro de caleidoscopio, formándose el cuadro final: en Santiago, día del golpe. Visos de Cortázar hay en los ecos o rimas de existencias distantes que se van allegando hasta coincidir en una anulación del tiempo y del espacio acostumbrados. El desenlace, menos interesante que la hechura del ambiente, previsiblemente recurre al cadáver en que tanto cuento hispanoamericano termina, con un final mecánicamente mortuorio, como si sólo ése fuera el signo americano, tanto en ficción como en realidad. Seis de los siete cuentos concluyen con un cadáver, y el que no termina así está entrecruzado de difuntos y difuntas.

La santidad y Las aseadoras de la Opera me parecen inferiores a los otros cinco cuentos. Porque repiten o majaderean en lo satánico externo, en la fá-

CUENTOS



cil espectacularidad de los actos sádicos, en diablerías a medias.

Por encima de esos dos relatos, yo colocaría **El secreto de Berlín**. Allí no hay posesión satánica, sino psicopatía. Esa obligación al crimen parece más compleja que la entrega al demonio; implica un infierno psicológico, una demonización recóndita del ego, sin sumisiones a ese Otro.

Soy de la Plaza Italia, puesto estra-tégicamente al final, azota con su monólogo. Fuerte en asunto y jerga, agreda desde el comienzo. Su primer párrafo parte con un brío que no decae en todo el resto del relato, como si el joven viviera azuzándose en esa intensidad. Habla por dentro de sí, con un idioma narrativamente perfecto: le calza como el bluyín a su cuerpo, tiene las palabras que necesita tener y no las ostenta (falla usual en otros naturalistas), y se redacta mentalmente en una sintaxis jadeada, punzante, agolpadora, que resulta más que plausible: es genuina.

Luis Vargas Saavedra